

JAVIER CEBRIÁN, VIENTO ALEGRE (Notas sobre su vida y personalidad, una cosa discreta)

Javier Cebrián Andrés, hijo de Gabriel y de Esperanza, nació en Cuenca en 1944, último de los cinco vástagos de una familia acomodada desde mediados del siglo XIX en el seno de la incipiente y reducida burguesía fabril conquense. Su casa natal estaba frente al Fielato Municipal, aduana interior que hasta bien entrado el siglo XX sirvió para controlar la entrada y salida de mercancías en las ciudades.

El abuelo se dedicaba a la fabricación de tejas, y el padre, trabajador desde los diez años, se independizó pronto para aplicarse a producir mosaicos hidráulicos, entonces una técnica puntera luego casi desaparecida y hoy recuperada en la construcción de calidad. Don Gabriel quiso para sus hijos los estudios que él no tuvo, aunque esa carencia no le impidió ser concejal del Ayuntamiento de Cuenca dentro de las filas conservadoras. Era empresario de los de a pie de tajo, conocedor por sudor propio de la condición de los trabajadores, con quienes convivía regularmente en la fábrica y en las tabernas del barrio de San Antón. Cuando su linaje y posición patronal le acarrearón graves peligros al comienzo de la Guerra Civil, CNT y UGT lo avalaron con un escrito firmado masivamente. Él correspondió después de la contienda buscando y sacando de los campos de concentración a cuantos antiguos obreros de su fábrica pudo encontrar. Como cerrando el cruel galope de la guerra entre los Cebrián, el benjamín de los once hermanos del padre de Javier, llamado Manuel, era médico de adscripción republicana que murió fusilado por un pelotón de vencedores.

Igual que a casi todos los españoles de varias generaciones, la vivencia familiar del horror bélico había marcado a Javier desde sus primeras luces. Siendo muy joven tuvo conocimiento de una historia que le suscitó profunda

atención: la vida de su primo Luis El Vasco, sobre la cual procuró documentarse con minuciosidad.

A finales del siglo XIX, el tío paterno Juan Manuel, contando catorce años, causó la muerte de una hermanita menor al disparar accidentalmente una escopeta de caza. Nadie le culpó, pero el muchacho desapareció y la familia no volvió a tener noticias suyas hasta que necesitó pedir partida de nacimiento para casarse con Felicitas de Lera, una vasca de pura cepa que no hablaba castellano. Resultó que Juan Manuel se había instalado en Portugalete, trabajando como obrero siderúrgico.

El hijo mayor de esta pareja, Luis Cebrián de Lera, fue enviado a Cuenca por su padre hacia 1934 para trabajar con sus tíos. En 1936, con veinte años, era un pintor apreciado que firmaba Vasco XXXVI y frecuentaba la tertulia El Bergantín de la Vela Verde, grupo vanguardista conquense cuya sede estaba en lo que luego fue el Mesón de los Claveles. Allí comentaban, por ejemplo, las obras de Poe y de Baudelaire gentes como Federico Muelas, Fausto Culebras o el escultor A. Serrano, autor del busto de Luis que aún se conserva. Tras escuchar un discurso de José Antonio Primo de Rivera en la localidad de Belmonte, este vasco se afilió entusiasmado a la Falange, lo que le costaría la vida poco tiempo después. Se había ocultado pero, denunciado su escondite por una sirvienta, fue detenido y fusilado en breves días.

La efímera e intensa vida del primo Luis encajaba como un arquetipo con el interés por los idealistas políticos que tuvo siempre Javier Cebrián, cuyos conocimientos de Historia, en especial de la española y europea durante los siglos XIX y XX, trascendían con mucho la erudición académica porque aspiraba a la sabiduría; era una penetrante vocación por discernir las claves morales y conceptuales que movieron a fascistas, comunistas y anarquistas a soñar mundos justos apostando la vida en el empeño, años antes de que algunos triunfos bañaran ideales en espantos.

Javier estuvo comprometido orgánica y activamente con la izquierda antifranquista durante sus estudios universitarios en Madrid, sufriendo detenciones y la incoación de un expediente que le prohibió seguir su carrera de Políticas, pero durante toda la vida se movió desde, en y por la ética de los principios; era una de esas rarísimas personalidades por completo ajenas al sectarismo. Su curiosidad respetuosa se orientó siempre hacia los sinceros, cualesquiera que fuesen las creencias, opiniones o condición social del interlocutor o de los sujetos cuya vida y obra estudiaba. Muy pocos escuchan y leen como lo hacía él, tan ávido de comprender como renuente a juzgar.

Para la sociedad conquense biempensante de sus años mozos, el carácter rebelde y heterodoxo de Javier, unido a su apostura y vitalidad, configuraban la imagen de una oveja negra muy atractiva. En Cuenca y en Madrid fue uno de los intelectuales lozanos dedicados a ventilar la gazmoñería oscura que empozaba España hasta bien entrados los años sesenta.

Con memoriosa y lúcida capacidad de análisis, estudió a fondo el poder como fenómeno y como instrumento, desde la Antigüedad hasta nuestros días, pero dirigiendo el foco hacia la vida social, poniendo la vista entre las gentes del común. Contemplaba a los responsables políticos de cada periodo como fuente de información relevante, pero articulaba su discurso en torno a la realidad cotidiana y a la construcción ética del pensamiento. Mantuvo firme distancia personal hacia el ejercicio del poder, no sólo en la política, sino en todos los aspectos de su quehacer. Muy sensible a la perversidad, procuraba evitarla sin ruido; se alejaba de las malas personas manifestando apenas un rictus de disgusto. No obstante, dos motivos de índole bien diversa le inducían una cólera volcánica: el daño a los débiles y que alguien desordenara su mundo profesional o doméstico, pulcramente organizado; los amigos conocimos en detalle la peculiar combinación de bohemia con disciplina inherente a su personalidad.

Pasó la infancia y primera juventud en su Cuenca, entre espacios abiertos para el juego y el trato: fútbol en las eras, reuniones y correrías por el Corralón de la Estación, paseos en bicicleta, bailes en la playa artificial, cine la primera sesión de los domingos, un intenso primer amor. Tiempos de calle, campos y río, con acceso cotidiano a cierto sitio muy especial para disfrutar junto a la numerosa pandilla de hermanos, primos y amigos: el jardín de la tía Adela, entre flores, fresas, fuentes y faunos. Uno de esos lugares que queda para siempre en el acervo íntimo de belleza.

A pesar de su aspecto físico poderoso –Martínez Sarrión cuenta que Benet le llamaba “el Montaraz”– soportó siempre salud vulnerable, sin perder un ápice de tono cuando aparecía la enfermedad. En 1960, tuberculoso, pasó la convalecencia en la casa paterna devorando libros e intentando sin éxito el traslado a un hospital para escapar al esmerado cuidado de su madre.

Otros textos de este catálogo resumen el enorme patrimonio bibliográfico, cinéfilo, plástico, musical y documentalista atesorado por Javier desde la infancia. Su legado de libros, prensa, cartas, vídeos, obra plástica, documentos, fotografías y objetos, posee una originalidad insustituible para aportar referencias de serio valor en múltiples líneas de estudio. A los 13 años tenía carnet de la Biblioteca Pública, algo muy raro en la época pero no extraño para él, formado desde pequeño en la visita regular a los kioscos de prensa y escuchando, junto a su hermano Gabriel, narraciones históricas, películas y cuentos transmitidos por otro hermano mayor, César, quien también les llevaba al cine con frecuencia. En tal ambiente enraizó la diversificada pasión de Javier por todas las artes. Afirmaba leer solamente historia y ensayo, preguntándose con ironía sobre la virtualidad de la narrativa, pero su biblioteca desmentía semejante limitación, e incluso consta que escribió una novela cuando contaba unos treinta años.

Amó la poesía, desde Homero hasta Bukowski y los contemporáneos más recientes, con especial consideración hacia Antonio Machado. La colección musical abarca desde la sinfónica clásica a los boleros, incluyendo jazz, rock, salsa, pop, folk y obra de cualquier género, todo de la mejor calidad. Cinco estrellas, que diría él.

En la Universidad de Madrid, todavía en la calle San Bernardo, cuajaron dos elementos básicos de su biografía: el compromiso político ya reseñado y la integración en círculos intelectuales de perfil alto. Carlos Martínez Pareda, Carlos Lles y Antonio Martínez Sarrión fueron –son– amigos íntimos; además tuvo contacto frecuente con muchas otras personalidades de la cultura española: García Hortelano, Juan Benet, Leopoldo Panero, Jose María Álvarez, Manolo Marinero, Molina Foix, Carlos Barral, buena parte del grupo de Cuadernos para el Diálogo y en fin, con casi todo lo que se moviera en torno a libros, cine, política, museos y galerías. Ya por entonces, en sus frecuentes regresos a su casa de Cuenca, trabó relación sistemática con los pintores que, como Saura y Torner, iban a protagonizar un punto de inflexión histórico para la ciudad.

Colaboró en trabajos de Sociología Urbana, vinculado a la Escuela Crítica de Ciencias Sociales (Mario Gaviria, Vidal Beneyto y otros). Era una iniciativa privada semitolerada por el régimen pero a la postre cerrada gubernativamente por su sesgo comprometido con la libertad.

Transformando energía en perpetuo movimiento, Javier ejerció, entre otras cosas, como alfabetizador en Galicia, extra en el rodaje de películas, empleado de una editorial y fotógrafo con obra publicada en el libro de Luis Carandell *Tus amigos no te olvidan*, en la revista *Viajar* y, años más tarde, en el volumen *Cuenca ciudad de artistas*.

Absorbió las transformaciones culturales nacidas a partir de 1968 en Berkeley y en París, incorporándolas a su corazón y a su cabeza con una finura de juicio que excluía modas superficiales para asumir sólo valores.

Las cartas de su amigo Pereda, residente en la capital francesa durante aquellos meses cruciales, le ayudaron a conformar la visión personal de lo mucho que había bajo lo adoquines. Siempre quiso saber para ser, no para parecer.

El mismo año 68 hizo la mili en Ceuta, como cabo de la Policía Militar. Nos da una idea de su imagen ante los compañeros el apodo que le pusieron: Cabo Festi (Festival), porque utilizaba ese término para referirse a cualquier cosa buena o suceso feliz. Viene a cuento reseñar que Javier era muy aficionado al análisis del lenguaje vivo. Divertido acuñador de palabras, aplicaba el humor para jugar con la fonética y la sintaxis, hilando muy fino en la multiplicidad de significados y en la proyección de los conceptos. Sabía muy bien que en el principio está el verbo.

Siendo estudiante disfrutaba de coche comprado por su padre. Le servía entre otras cosas para transitar habitualmente por la Sierra de Guadarrama, muchas veces en busca de agua de Lozoya, y también para prestarlo a sus amigos. Consumió un par de autos de esa forma y haciendo varias excursiones a los cines de Burdeos y alrededores; también en alguno de sus primeros itinerarios fuera de España, por ejemplo al muy lejano Marruecos de 1967, o en ajetreado viaje con unos colegas a la Praga todavía ubicada tras el telón. En Checoslovaquia dispusieron de dinero suficiente para dormir en los arcenes y beber buena cerveza a precio asequible, pero al primer contacto con el socialismo efectivo obtuvieron de pronto un baño de realidad: el occidental pelo largo, signo por aquí de progresía masculina, provocó que los guardias checos les impidieran pasar en el puesto fronterizo correspondiente, obligándoles a buscar un paso rural de montaña vigilado con criterio menos estricto hacia el aspecto de los extranjeros.

Viajó mucho. Además de los destinos dichos, recorrió espacios tan distintos como Londres (donde vivió unos meses de crisis existencial hacia 1970), Suecia (para asistir a la Conferencia convocada por Bertrand Russell)

París, Argentina, Méjico, Nigeria, Estados Unidos, Portugal, Cuba y, por supuesto, España. Tenía muy bien explorada la Península Ibérica.

1975 fue un año decisivo. En el taller de Roberto Turégano se inició en lo que iba a ser su profesión y ámbito artístico más habitual, la serigrafía, atraído por las posibilidades que ofrece esa técnica para hacer accesible la obra pictórica. Abandonando entonces toda militancia política, pero sin perder relaciones con buen número de los antiguos compañeros del mundo de la resistencia clandestina a la dictadura, regresó a Cuenca, donde adquirió una casa en el Barrio del Castillo, entre las hoces de los ríos Júcar y Huécar, en lo más alto del casco histórico.

A la muerte de Franco comenzó su colección de primeros números de periódicos y revistas de toda índole, un conjunto documental que ahora es una de las hemerotecas particulares más originales y relevantes para entender la sociedad española del último cuarto del siglo XX, porque toda publicación nace explicándose y diciendo como ve el país o el área cultural a la que va a dedicarse. No tengo noticia de otra colección similar, y si la hay nos convendría a todos saberlo.

Ese mismo año conoció a Concha Lledó, con quien compartiría el resto de su vida. Se casaron en 1976 y en 1980 tuvieron un hijo, fallecido muy prematuramente. En diferentes plantas de la misma casa-taller, Concha confeccionaba tapices (es autora del mejor manual español sobre la artesanía del telar), mientras Javier imprimía las planchas de serigrafía. Cuando en 1992 fundaron la editorial De Buena Tinta, Concha asumió —y continúa ejerciendo— toda la carga gerencial de la empresa, una de las pocas actividades en la que resulta imposible imaginar a su marido.

Exceptuando los dos primeros años de ejercicio profesional, compartidos con Ángel Cruz, Javier Cebrián siempre trabajó solo. Ni siquiera gustaba de frecuentar los ambientes de reunión de los artistas y artesanos que hasta finales de los años ochenta residían en Cuenca o la visitaban con re-

gularidad, haciendo de la Plaza Mayor y alrededores un hábitat cultural muy vivo.

Para el trabajo necesitaba contacto estrictamente privado con el pintor cuya obra iba a plasmar, y en el día al día, para leer el periódico o tomar un vino, prefería acudir a lugares de uso generalizado, como el hermoso Dulcinea en la ciudad antigua, o el café Colón en la parte moderna.

Era imposible de penetrar cuando se albergaba en su intimidad, en sus tiempos y espacios de concentración. Si entonces era molestado, el imprudente recibía un bufido de eficacia incontestable. Y al mismo tiempo, tenía un alma con la sociabilidad más amplia y refinada, incapaz de vivir sin los amigos y sin la gente. Necesitaba como el aire hablar cada día con el del kiosco, la de la tienda, el camarero y demás convecinos, interesado en la vida y personalidad de cada uno de ellos en la misma medida que en las del artista más afamado.

Realmente, amaba a la humanidad.

La hospitalidad de Javier Cebrián era una institución, como las tertulias palaciegas del siglo XVIII. De manera regular, Concha y él abrían su casa para pequeñas reuniones o para fiestas con docenas de invitados, casi siempre caracterizadas por la heterogeneidad de los asistentes. En el mismo piso o jardín nos juntábamos, por ejemplo, pintores, pescadores, políticos, estudiantes, funcionarios, profesores, albañiles, escritores, carpinteros y gentes sin oficio conocido. Al contrario que la mayoría, Javier no compartimentaba relaciones, sino que buscaba favorecer el contacto entre los diferentes. Cocinero exquisito, sus recepciones eran grandes vasijas donde se hablaban todas las lenguas de un mismo idioma. Allí surgieron muchas veces amistades y algo más entre personas de condición muy distinta.

Aunque en 1976 ya tenía instalado en Cuenca su propio taller de serigrafía, la obra propia de Cebrián es tardía. Surge a partir de 1990, si bien desde el principio percibió la riqueza de volúmenes, formas y colores que

brotaban naturalmente entre los materiales de trabajo: papeles, recipientes, mesas, trozos de madera y cualquier elemento del entorno bañado por sucesivas capas de colores. Objetos encontrados dotados de vida, cambiando de aspecto cada día.

Cuando acometió la creación artística intencional, la perspectiva propia se sumó a la continuada experiencia e intimidad con los autores y los principios de la plástica contemporánea, dando a su obra un sello personal plasmado en óleos, serigrafías, collages, fotografías, esculturas y acuarelas. Juzgaba su producción con extremado pudor y modestia excesiva. Tardó en firmar con su nombre, empleando antes el pseudónimo de Javier Sandoval en las primeras serigrafías y Javier Web en la colección Fin de siglo.

Javier Cebrián falleció en Altea en 2005. Dejó su muerto a los médicos y su vida a todo el mundo.

Vicente Acebedo

LOS PASOS QUEDOS DE JAVIER CEBRIAN

La obra de Javier Cebrián que no es sino resultante de su mirada y ángulo de colocación ante el mundo, se asienta, a mi corto entender, en estos pilares: la más alta curiosidad intelectual pero ante todo vital, el humor, la lucidez y la humildad. Me detendré en la última, por inusual en un artista.

Cebrián, antes de meterse en la cocina, no fué precisamente fraile –le falta ascetismo para ello, como le sobra sociabilidad– sino pinche de cocina más bien. Y de cocinas siempre opulentas, de acreditadísimos fogones. Su



“Las penas con pan son menos”, escultura.

condición de serígrafo de larga y celebrada trayectoria y el hecho de que ejerciera su oficio hasta no hace mucho en plaza tan señera en el terreno de las Artes como la de Cuenca –que es por cierto su pueblo natal– le puso en contacto con una pléyade de grandes artistas con los que colaboró -Saura, Guerrero, Gerardo Rueda y Bonifacio Alfonso entre otros- que allí permanente o estacionalmente trabajan o han trabajado.

De modo tal, fijándose mucho, reflexionando no menos, paso a paso, sin avasallar a nadie, sin montárselo de genio o de maldito, casi ocultándose a la vista de sus amigos, nos fué mostrando sus pinitos iniciales en los ochenta donde, en soporte claro es serigráfico, pagaba su inevitable tributo a la tradición no figurativa española, de la que Cuenca es plaza fuerte hace décadas. Siguió rumbo a una utilización ecléctica, pero de sello muy personal, de iconos que traían sus credenciales desde el constructivismo hasta el pop - art, con parada y fonda en el más estilizado arte negro - africano. Por esos derroteros anda aún. Y sin alharaca alguna, con aire falsamente casual y muchas, muchísimas horas de taller, aquí lo vemos: hecho y derecho, expuesto, premiado, reconocido.

Cuando lea este papel, sin embargo, entrará en funcionamiento su última, citada cualidad y Javier, con ese su gesto de niño pícaro cogido “in fraganti” en una travesura, dirá con toda seguridad abriendo mucho sus candelosos ojos azules: “¡Que vá, de verdad que yo no fuí, pasemos mejor a otra historia!”

Antonio Martinez Sarrión. 1995

Manteniendo la fidelidad al fundador de esta Institución me corresponde el deber –y el placer– de presentar este libro-homenaje a Javier Cebrián quien, como Saura, fue coprotagonista de un período irrecuperable de la historia de Cuenca marcado por la magia, la ebullición de ideas y actividades, frutos de la conjunción de artistas más importante acontecida jamás en España (y en otros muchos lugares del mundo). Ambos se fueron sin pedirnos permiso. Con su ausencia, unida a la de otros, la ciudad ha perdido el contraste, el contrapeso a su vaticanismo, cierto aire fresco que nos servía para sobrevivir en esta ciudad provinciana, funcionarizada y cacique. (Sirvan estas palabras para provocar la reacción de quienes tienen en sus manos la capacidad para lograr que la pintura, la obra gráfica, la escultura, la fotografía, el cine, el teatro, la poesía, la arquitectura entendida como arte, la música... vuelvan a florecer en esta ciudad dos veces renacentista –aunque siempre amenazada por el olvido–).

La Fundación Antonio Saura conserva la esperanza de poder contribuir eficazmente a devolver el pulso a la parte alta de la ciudad que tanto amaron ambos (más ahora en que junto con los patronos de siempre, los hermanos de Antonio, María Ángeles y Carlos, los editores Hans Meinke y Pierre Canova, así como la Universidad de Castilla-La Mancha –de actividad siempre perenne– hayan asumido voluntariamente el reto de contribuir a realizar eficazmente este interesantísimo proyecto iniciado por Antonio).

Fruto de varios años de trabajo de Concha Lledó y Miguel Ángel Moset, en las siguientes páginas el ávido lector encontrará un extracto de la compleja y apasionada personalidad de Cebrián. De su inquietud, de su fuerza, de sus deseos de transformación de la realidad circundante, de su sentido crítico y vital, de su inconformismo... hablan muchos de los elementos reproducidos en posteriores páginas.

Miguel Ángel, buen amigo de Javier, ha realizado una interesante labor de estudio y selección de la obra más representativa de un autor marcado desde su preadolescencia por una infinita inquietud en torno a numerosas obsesiones (Saura creía firmemente en las obsesiones como método de profundización acerca de una idea, un proyecto o un trabajo; el artista -pensaba- o era víctima de sus propias obsesiones o corría el riesgo de deambular toda la vida sin concentrarse en nada).

El visitante debe hacer un recorrido por las salas -y por las páginas- con los ojos de la cabeza bien abiertos. Encontrará de este modo un conjunto de obras proyectadas en torno al ser humano, todas ellas parten de un dibujo en el que los elementos que constituirán el denominador común de sus creaciones ya están presentes a muy temprana edad: viejas paredes transformadas en improvisado soporte abierto incondicionalmente a la intervención del artista espontáneo, la noche iluminada al mismo tiempo por una de esas farolas que son el referente de quien vive la vida mostrándole la espalda a la mañana, y por la luna, cielos estrellados, mujeres liberadas, caballeros y coches que nos recuerdan al cine en blanco y negro –casi forzosamente americano–, rascacielos...

Un hombre que disfrutó la vida y, como tal, se entregó por igual al cine, a la fotografía, a la pintura y a la escultura, a la serigrafía o al collage, convirtiéndose –probablemente sin quererlo– en el cronista de una época y de un mundo del que todos guardamos, todavía frescos, numerosos recuerdos.

Javier Cebrián fue, además de artista-creador, editor; no se conformó con estampar a los demás sus encargos sino que él se convirtió en el director de una serie de colecciones, carpetas o libros que ampliaron el conocimiento de la gráfica, colaborando a su estudio y divulgación justo después de que Abel Martín introdujera la técnica en España y el Museo de Arte Abstracto de Cuenca, de la mano de Zóbel, contribuyera a su ennoblecimiento y universalización. Es más, hizo su propia obra.

Fue coleccionista, estudioso, gran conversador... pero, tal vez por encima de todo, un magnífico espectador, contemplativo de granangular mirada que supo ver a Franco, la Transición, la Democracia o la Movida con una mirada bien abierta y espíritu bifronte, mitad conquense, mitad universal.

De la mano de Javier podremos circular a través de una ciudad movida por el arte, Cuenca que, sin embargo, no supo desprenderse de su repetitiva decadencia; de ésta quiso huir en busca de lo celeste, de la luz, de lo mediterráneo, y se compró una casa, una casa sencilla, suficiente, en el que poder seguir dedicándose a la contemplación, al trabajo medido y al sabio arte de saborear su propia vida.

Santiago Catalá Rubio

LA CRÓNICA DE UNA ÉPOCA / LA ÉPOCA DE UNA TÉCNICA / LA TÉCNICA DEL GRABADOR COMO PIEZA CLAVE EN LA OBRA GRÁFICA

Javier Cebrián inauguró su Taller de Serigrafía Artística en Cuenca en 1975; allí funcionó hasta 1992 en que se trasladó a Altea, donde continuó su actividad.

Durante 30 años, tuvo la oportunidad de estampar la obra de los pintores más representativos del panorama artístico español de los últimos años: Alcaín, Arroyo, Barjola, Bellver, Bonifacio, Marta Cárdenas, Chillida, Feito, Gordillo, Grau Santos, Guerrero, Guinovart, Hernández Pijuan, Ibarrola, Rafols, Casamada, Rojo, Rueda, Saura, Torner y Úrculo entre otros.

Son muchos años de profesión, a veces desprestigiada, minusvalorada y mal entendida por muchos, en los que Javier ha trabajado en solitario en el taller, con una estructura técnica esencial y el máximo respeto por el oficio artístico.

Un largo trabajo de búsqueda de soluciones, elección de materiales y complicidad con los artistas.

Calculo que habrá estampado unas 600 serigrafías de artistas de los más diferentes estilos, todo un abanico de la pintura española de este último cuarto de siglo, en el que la Obra Gráfica ha sido una fuente de inspiración y un modo de expresión esencial para los artistas.

Las serigrafías están catalogadas con los datos: Autor. Título. Año. Soporte. Tamaño del soporte. Tamaño de la Mancha. Número de Tintas. Tirada numerada. Editor. Estampador. Publicaciones. Comentario y Archivo.

La obra está distribuida en distintos bloques en los que hemos tratado de incluir todos los factores que intervienen en la realización de la Estampa.

El apartado Obra Gráfica, está relacionado más directamente con el artista. Las Carpetas y Libros, con el editor y el coleccionismo.

El resto con la sociedad: trabajos destinados a regalos de empresa, invitaciones, felicitaciones de navidad, congresos etc; en general, de pequeño formato, que demuestran cómo ha ido calando la obra gráfica en la sociedad.

Una selección de dichas serigrafías –junto con otras obras de creación propia– configura el eje de una exposición / crónica del acontecimiento artístico del último cuarto de siglo.

- La Crónica de una Época: se trata de una muestra del arte del último cuarto del s. XX en España, coincide con la transición a la democracia, que va íntimamente unida al significado de la obra gráfica, que es democratizar las artes plásticas.

- La Época de una Técnica: la serigrafía artística, vista como la aportación técnica de nuestra época a la Estampa, la técnica por excelencia del s. XX. Introduce la explosión del color en la gráfica y, que desde el arte pop, se ha ido acoplando perfectamente a todas las tendencias artísticas contemporáneas.

- La Técnica de un estampador: la figura del grabador, en este caso un serígrafo, visto como un elemento esencial en la obra gráfica; el que está detrás de la pantalla realizando un trabajo silencioso, que conoce un oficio capaz de transmitir a una obra de arte todas sus connotaciones: textura, volumen, tramas, transparencias, temperaturas...

Creo que es una gran oportunidad para dar a conocer la Obra Gráfica, que tanto ha contribuido a democratizar las Artes Plásticas, y en concreto la serigrafía, una técnica compleja y llena de posibilidades. También es una buena excusa para valorar el trabajo silencioso de sus intérpretes.

Concha Lledó
Documentación. Ediciones

Los primeros contactos de Javier con el mundo de la imagen y la imprenta tuvieron lugar en su niñez, a través del cine y, sobre todo, de los tebeos. Desde pequeño asistía casi a diario al kiosco del señor Óscar en un portal empapelado con revistas, periódicos y cuentos enlazados con pinzas de madera. Dentro había un banco donde, a resguardo del frío invierno conguense, se podían leer los tebeos que comprabas, alquilabas o cambiabas dependiendo de la situación económica; si esta era precaria, el propietario te los prestaba.

También era asiduo del otro kiosco de Cuenca, el del señor Lacort. Este espacio carecía de “sala de lectura” porque era un estrecho local en forma de tranvía; pero para compensar, el dueño le permitía entrar y ayudar en la colocación de ejemplares en las estanterías. Con el paso del tiempo, el magnetismo de los kioscos se fue transformando en una verdadera adicción a la que siempre permaneció enganchado.

Esa condición de kioscoadicto que padecía Javier, explica que llegara a formar una amplia y curiosa colección dedicada a la prensa, compuesta por ejemplares de revistas y periódicos nº 0 y nº1. La recopilación comienza en 1975 con la noticia de la muerte de Franco y termina en el año 2000. Tan peculiar hemeroteca constituye una valiosa síntesis de la información esencial sobre el último cuarto de siglo XX en España: el inicio de la libertad de expresión, la apertura de prensa, la legalización de partidos, la transición, la consolidación de la democracia, los logros femeninos - feministas... En suma, es un reflejo múltiple de la evolución de la sociedad española desde diferentes puntos de vista.

Queda patente que esta afición le dejó una profunda huella y que, seguramente, en la fascinación que ejercían sobre él los personajes de ficción,

los dibujos, la tipografía, las imágenes, el grafismo, el color, el olor a tinta, el contacto con el papel, se encuentran las raíces de una profesión a la que se dedicó durante 30 años: estampador de obra gráfica que es, sobre todo, arte sobre papel.

Hacia 1975 estableció una íntima relación con el mundo del arte contemporáneo de manera profesional, cuando se inicia en las técnicas de la serigrafía e instala su taller en Cuenca. Tras 15 años estampando obra de pintores de todas las tendencias, estilos y técnicas, su propia obra surge como un juego. Los utensilios que empleaba para trabajar y cualquier objeto “tocado” por su tarea, ya fueran botes de pintura, cazos, tapaderas, cucharas, destornilladores o restos de papel, todos bien impregnados de tinta, se revelaban como obras de arte, una simbiosis de su voluntad y del azar.

Debo decir que empezó a ser autor en los ratos de espera del taller, mientras se grababa una pantalla o se secaba un color, para aprovechar restos de tinta o para relajarse del propio trabajo serigráfico; pero sobre todo, para construir sus propios juguetes, sin pensar en ningún momento que alguna vez quedaría incluido en los circuitos artísticos. Esto le dio gran libertad expresiva, mucha frescura y un eclecticismo del que nunca renegó.

Así empezó a seleccionar una serie de objetos cotidianos, por lo general inservibles o de deshecho: enchufes, tornillos, arandelas, tripas de electrodomésticos, unas veces encontrados, otras buscados o elaborados especialmente. Los sacaba de su contexto habitual y los utilizaba en su estado natural o manipulados: oxidados, pintados, pulidos... para darles cohesión y ensamblarlos de tal forma que se convirtieran en otro objeto. Empleaba un proceso inverso a la manera tradicional de hacer escultura, en el que la forma emerge del bloque. Javier partía de pequeños fragmentos para conseguir imágenes compactas.

En los collages, este devorador de prensa utiliza revistas de actualidad, figurines, libros de texto antiguos y catálogos que después recorta y archiva

en carpetas azules según un curioso índice de títulos: **Importantes, Literatura, Mucho rock, Jet, Tías en pelotas...**

Aquí su iconografía es tan amplia como los temas por los que se interesa, pero a la vez aparece un iconoclasta en el sentido más literal de la palabra, porque recorta, mutila y rompe las imágenes sin dejar títere con cabeza: no rinde culto al Papa ni a Fidel, a Marx ni a Lenin, a Felipe, ni a Aznar, a Carolina de Mónaco ni a la familia del Zar, a Cristo ni al Rey. Estas imágenes, bien seleccionadas y mezcladas entre sí, nos ofrecen una transformación, una alteración –aún más– de las cosas.

Aprovecha todo con estricta economía de medios, pues hasta las virtutas de los lápices de colores adquieren importante valor plástico. Algunos collages son grandes silencios, hablan por lo que ocultan porque no usa lo que recorta, sino la silueta de lo que sobra.

La elección de este método, así como su habitual trabajo de serígrafo, le permitió pasear y profundizar en distintas tendencias, desde la figuración al abstracto, desde el arte povera al conceptual, del constructivismo al pop, del arte africano al precolombino y las culturas primitivas, de los elementos más tradicionales a los menos referenciales. Procuraba empaparse de las diversas corrientes artísticas sin renegar de ninguna, eligiendo lo más sugerente de cada una de ellas.

Entre tantas influencias, dejó constancia de su especial admiración por algunos artistas a los que rindió homenaje en obras como “Flan chino”, en homenaje a Warhol, “Botellas” a Morandi, “Como sardinas en lata” a Rueda, o toda una serie dedicada a Saura, a la que llamábamos “Saurages”.

De su memoria surgía la fascinación por la estética de la pobreza y la desolación. También una enorme curiosidad y pasión por la historia, la política, la geografía, la fotografía y el cine. En la obra de Javier se detecta una estrecha complicidad con todas las artes, incluidas las menores o decorati-

vas, pero también aparece su propio mundo solitario, desolador, divertido o socarrón. Siempre personal y mestizo.

Además de hacer serigrafías, collages, esculturas y fotos, amó la lectura, la conversación, las pequeñas excursiones, las películas en blanco y negro, estar con los amigos y cocinar. Quienes le trataron con más frecuencia coinciden en que también era un artista de la hospitalidad.

Concha Lledó 2007



Tengo en casa dos obras de Javier Cebrián, que veo y miro todos los días. ¿Se ven y se miran todos los cuadros que se cuelgan en casa? No. Algunos ni se ven ni se miran y simplemente estás deseando quitarlos en cuanto tengas un momento libre, maldiciendo el día en que se te ocurrió colgarlos en ese sitio por el que obligatoriamente tienes que pasar a toda hora. Otros se ven, pero no se miran. Se ven de refilón, de forma tangencial, a hurtadillas, casi por casualidad, a veces agradablemente sorprendido de que el cuadro esté colgado ahí y a veces extrañamente poseído por la idea de cambiarlo en cuanto enmarque el que realmente te gusta y que aguarda –como el arpa de Bécquer– la mano de nieve que se decida a quitarle la funda de plástico que lo protege del polvo, junto a otros veinte carteles, en un rincón del despacho. Por fin, hay una tercera clase de cuadros que ves y miras con auténtico placer casi todos los días, que forman parte de ti, que te acompañan durante toda la vida en esa pesadilla que son los traslados de casa, y que te llevarías, junto con una obra de Bach, un libro de Quevedo, una canción de los Beatles y una foto de Scarlett Johansson -si quisiera ir ella en persona, mucho mejor- a la isla desierta de todos los cuestionarios que pretenden darnos a conocer al periodista con quince absurdas preguntas y al entrevistado con quince respuestas ocurrentes.

A esa clase de cuadros que miro y veo todos los días pertenecen las dos serigrafías de Javier Cebrián. La primera es un perfil de la luminosa Altea, paradójicamente coloreada en azul negro / azul marino, y protegida por un tímido y centelleante cielo estrellado, silencioso fuego de artificio tan propio de esas tierras. La segunda es una unión de dos fachadas de la Cuenca

alta, de la Cuenca abstracta de calles furtivas. El color rojo de la izquierda es el rojo de Nueva York, el de los muros del "West Side Story", el de las escaleras de incendios donde Audrey Hepburn canta/recita "Moon river" después de cada fracaso, pero también es el rojo infantil de la plastilina del colegio, el de la arcilla de Pedro Mercedes, el de las hojas de los chopos movidas por el inquietante viento del otoño de la Hoz del Huecar. El color amarillo de la derecha es el amarillo de los cielos de Van Gogh, el de las llanuras en technicolor de los western, pero también es el amarillo de la tierra que pisamos en el Recreo Peral, el del pétalo de la flor que descubres con tristeza entre las páginas de un libro de poemas que te regaló una antigua novia, casi niña.

Azul negro, azul marino, amarillo ocre, rojos, violetas... Javier Cebrián llevaba siempre las manos tiznadas, iluminadas, manchadas, encendidas de colores.

TRES POEMAS EN HOMENAJE A JAVIER CEBRIÁN

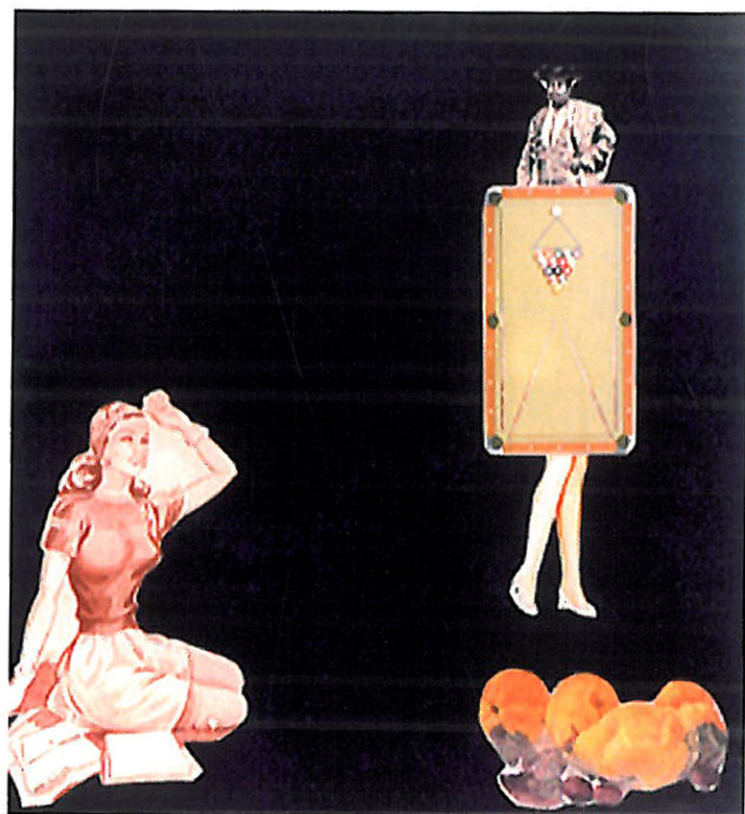
(Del poemario en construcción *El Pasado imposible*)

Antonio LÁZARO

ROMPIENDO ESPEJOS

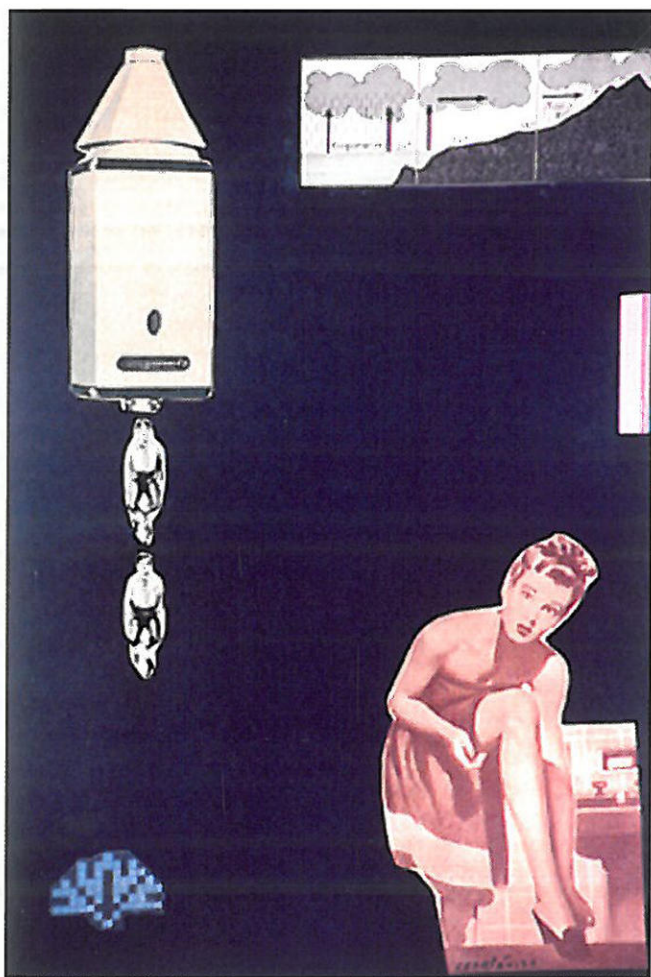
Lució el sol, se encapotó,
llovió, nevó, volvió a lucir el sol:
todo en el mismo día,
entre abismos, rocas y pinares.
No paramos de fumar
en todo el viaje: los montes universales
cifraban todo el universo.
A ratos, por entonces, la vida podía ser
extrañamente divertida.

"Serie negra", collages.



VIAJE A MARRUECOS

En Tánger nos ofrecían opio
pero sólo queríamos kifi.
Un sastre apaleó a su hijo
con una percha metálica
en el zoco de Tetuán,
hasta hacerle sangrar en la cabeza.
En Fez, para fin de año, fue complicado
encontrar un asador de pollos en la noche.
Allá no se celebra la navidad
y es que, con todo, éramos cristianos.

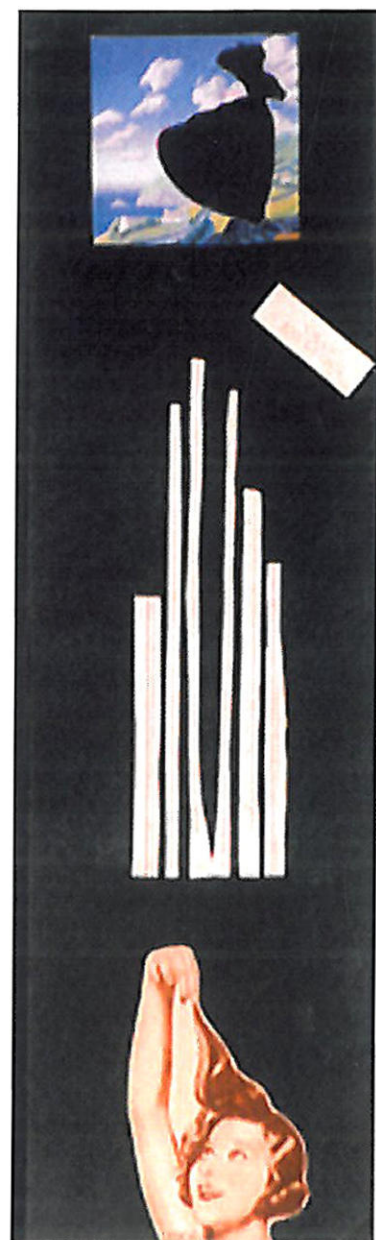
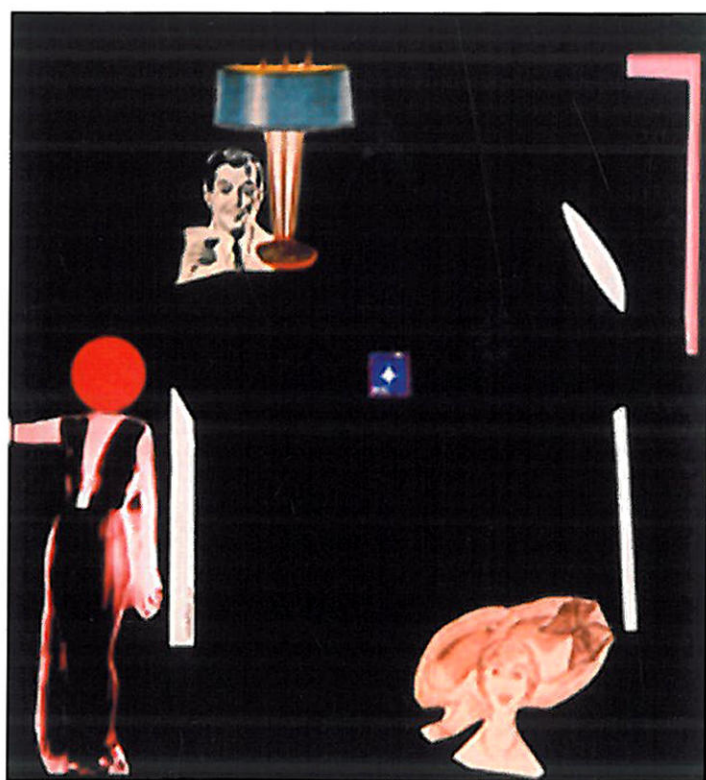


EL SUNAMI QUE SE LLEVÓ AL CEBRIÁN

Qué triste que la muerte
venga a abatirte
entre naranjos.

Qué tristes y huérfanos,
tus azules
al paso devastador
de la ola roja,
en el mar de la amistad.

Altea, 8 de enero de 2005



“Serie negra”, collages.

MI AMIGO JAVIER CEBRIÁN

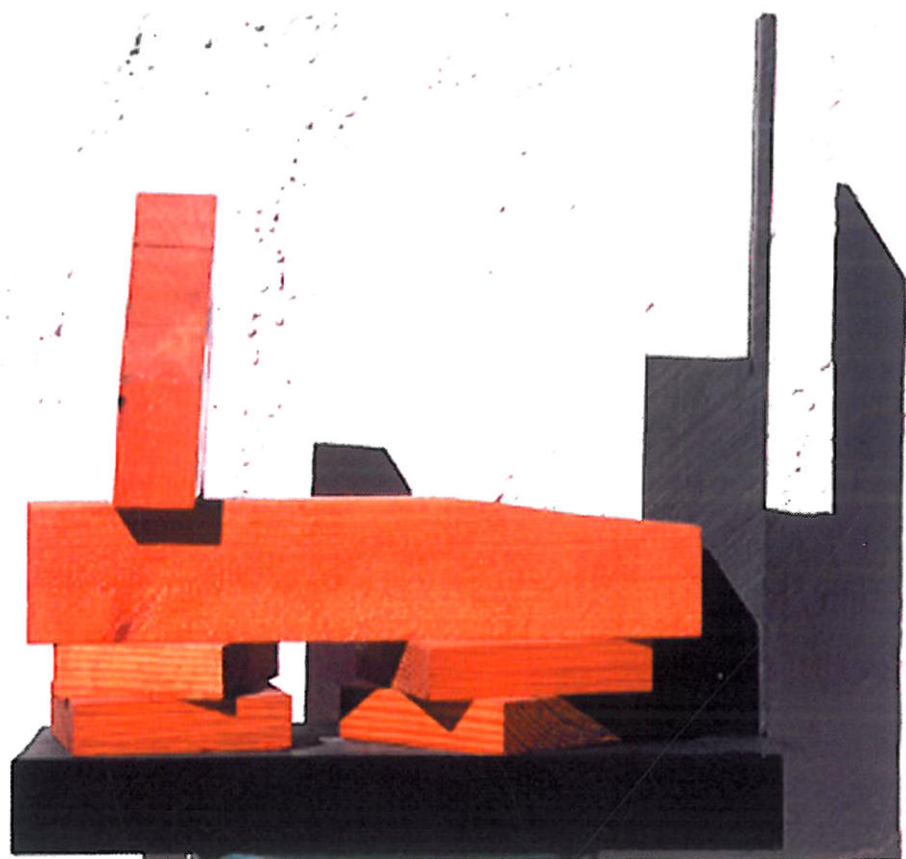
Al poco de llegar a Cuenca, donde residí por un periodo de dos años, abrimos una galería de arte en la ciudad. “El Mirador”, se llamaba. Por ella pasaron muchos artistas, algunos renombrados. Y allí conocí a una entrañable pareja que con el tiempo serían dos de mis mejores amigos: Javier y Concha.

Por aquel entonces Javi y Concha vivían en la calle San Pedro y arriba, en el barrio del castillo, tenían una hermosa casita - como todas las suyas -, donde compartían taller; él de serigrafía y ella de tejido de alfombras. Recuerdo de aquel lugar las maravillosas vistas al Júcar, por donde pasaban las estaciones con diferenciada nitidez, y los olores a tinta y a tintes que resultaban muy agradables.

Javi y Concha me presentaron enseguida a su pandilla de amigos, todos ellos gente original y cariñosa. No podía ser de otra manera.

Javier es, de todas las personas que conozco, el que mas ama la vida, el que mas se deleita en ella. Le gusta comer y cocinar, “colecciona” montones de cosas, pasear, ver exposiciones, viajar, fotografiar, Es un gran espectador de todo cuanto sucede. Y, sobre todas las cosas, aún siendo en ocasiones solitario, e incluso algo huraño, cultiva la amistad. Tal vez sean formas de ser compatibles. Yo de él he aprendido a ser amigo de mis amigos y algo más generoso.

Recuerdo un día en el que me lo encontré saliendo de un guarnicionero. Acababa de recoger unas carteras de cuero como esas que llevan los personajes en las películas del oeste que, puestas sobre el caballo, cuelgan una a cada lado. Supongo que le hacían mucha ilusión siendo, como era, un gran amante de ese género cinematográfico –tan denostado por algunos– en aquellos años. Mucho debí ponderarle yo aquellas carteras para que, de re-



“El puente”, escultura.

pente, me dijera: “Toma, te las regalo”. Me quedé desconcertado, rehusé aceptarlas: “No puedo, Javi. A ti te gustan mucho, te hacen mucha ilusión, si no no las habrías encargado.” “Tómalas, tómalas”, insistió. “No, no, no” replique con debilidad. Al final me dijo: “Tonete —como me llaman mis amigos— acéptalas. Hay que regalar cosas que a uno le gustan, cosas que a uno le hacen ilusión”. Así era, es, Javier.

Luego aquellas carteras fueron regaladas por mí, siguiendo ese criterio de Javier, a alguien que también se enamoró de ellas.

Hay gente que pasa por la vida dejando pocos recuerdos, sin anécdotas. Los hay que las siembran día a día. Javier pertenece a estos últimos, que suelen ser más raros que los primeros, menos abundantes.

Para construir el camino con anécdotas hay que ser un tipo original. Y la originalidad tiene múltiples maneras de mostrarse a nuestros ojos. Hay originales escritores que son esos a los que siempre se recurre para contar sus ocurrencias. No siempre tienen que ser los más brillantes, no los que han de-

jado más obra escrita. La originalidad es otra cosa, algo más ligado al instante. Una especie de chispazo que rompe con la monotonía de un momento, como un acento en una palabra. Se cuentan muchas anécdotas y frases de un torero famoso. Se le suelen atribuir cosas que no dijeron. Terminan siendo personajes de todos. Y la verdad no importa tanto. Se convierten en una “construcción” de todos. Eso es la leyenda.

Javi era de este grupo de personalidades. Creo que todos sus amigos tenemos montones de historias –como la de las carteras que acabo de contar– para recordar y hacerle presente entre nosotros. Además era brillante sin petulancias.

Cuando me fui de Cuenca mantuve con ellos dos siempre una relación muy estrecha. Luego ellos se fueron a vivir a una casa en las afueras de Altea, rodeada de naranjos. A mí aquel lugar me parecía el Paraíso y, durante mucho tiempo me refería a él en esos términos. Pronto, en Altea, se hicieron amigos de mucha gente y Javi, trazó sus recorridos habituales que realizaba cada día con algo de ritual. Así iba a la tienda de comestibles donde estaba tal señor que era amigo suyo, después al puesto de periódicos donde saludaba a la dependienta y te la mostraba diciendo: “¿Qué te parece? ¿A que es tan guapa como te había dicho?”. Creo que necesitaba esa inyección de vida como el café con leche por las mañanas. Por cierto no me puedo resistir a contar otra historia que me hizo mucha gracia.

La primera vez que fui a Altea en mi afán de demostrar mi contento de estar con ellos, y como soy de natural muy madrugador, me iba todos los días al pueblo y les compraba el pan, algunos bollos y los periódicos. Incluso, le llevaba a Javi “El País” que no suelo comprar y al que Javier siempre fue muy fiel. Al tercer día de repetir mi gesto, después de mirarme cada vez peor los dos días anteriores me dijo: “Tonet (me había “levantizado” el apodo), no me vuelvas a comprar el diario, no me traigas más bollos. Me rompes mis rutinas. A mí también me gusta salir, comprar el periódico, hablar con la gente.

No me lo hagas más.” Me hizo gracia su respuesta a mi gesto. Tenía toda la razón y creo que, a la inversa, a mí también me habría molestado. Seguramente yo no se lo habría dicho y me hubiera levantado más temprano para tomarle la delantera. Habríamos terminado haciendo guardia toda la noche ante el quiosco.

Hasta ahora he contado algunas historias de amigos pero había olvidado que este escrito podría ser insertado en un libro o catálogo sobre Javier. Un libro que recuerde su labor artística así que procuraré ceñirme, al menos por un rato, a esta faceta de su vida.

Como ya he dicho, cuando conocí a Javier éste tenía un taller de serigrafía donde realizaban trabajos para otros. Por aquel entonces ya había estampado obras de grandes autores: Guerrero, G. Rueda, Saura, etc. Y de otros menos conocidos, en estos casos él financiaba la edición. Así hizo conmigo.

En esa época todavía no había desarrollado su actividad como escultor ni pintor o no lo enseñaba. Se centraba en la fotografía que es algo que cultivo durante toda su vida con la dedicación, y la pasión, de un profesional. Guardaba Javi los recipientes en los que se acumulaban los estratos de colores de las serigrafías que iba realizando. Había en esas primeras “obras” algo de casual y algo de medido, de “trucado” por él. A mí esas “estratificaciones”, esas “arqueologías” me han resultado siempre muy bonitas y, en ocasiones hemos jugado a adivinar a qué artista pertenecían tal o cual color-estrato.

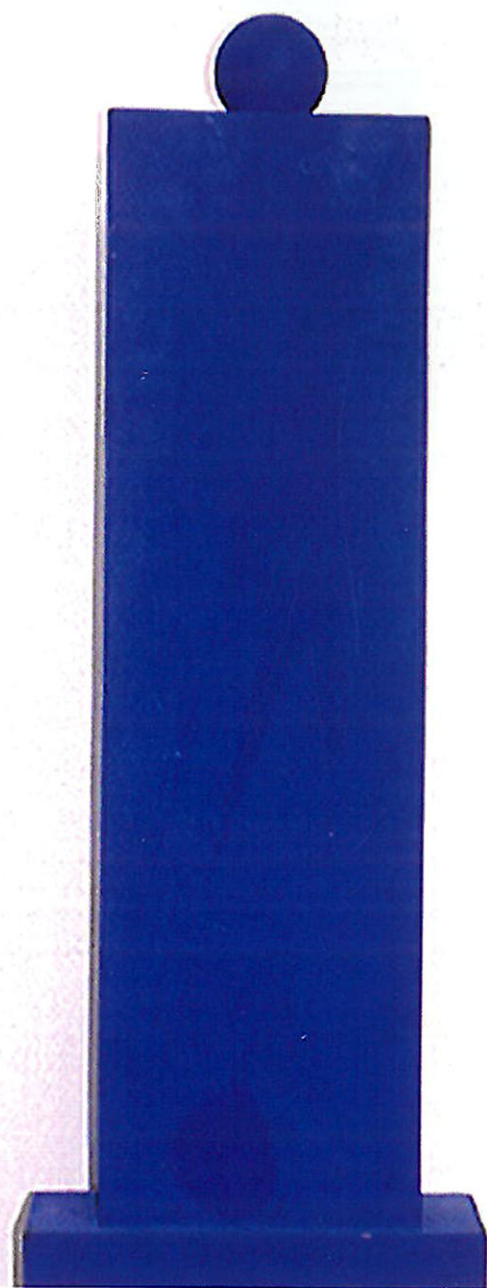
Con el tiempo, Javi empezó a trabajar, cada vez con más insistencia, más dedicación, en lo suyo. Así surgieron las “ciudades” llenas de rascacielos y los tótem con una clara influencia de Max Ernst, que yo creo le venía a través de su amigo Pereda, otro gran y raro artista. Los tótem también tenían algo de primitivo, de negro, de arte negro y los rascacielos eran homenajes a Nueva York ciudad que le atraía poderosamente y de la cercana Benidorm,

que también le fascinaba. Dos ciudades que deberían de hermanarse, tantas son las cosas que las unen.

Esos tótem y ciudades eran con frecuencia ensamblajes de multitud de objetos y artefactos que recogía de basureros, mercadillos y en todas partes donde se encontrasen objetos que pudieran formar parte de sus construcciones. Luego los pintaba con colores de serigrafía, en ocasiones muy vivos, a veces oscuros o pardos.

En todos sus trabajos había siempre algo de “juego” a la manera de los surrealistas o los Dadas que eran dos movimientos que siempre le atraieron mucho.

Javi era de gustos muy eclécticos. Como ya he dicho le gustaba la vida en sus múltiples facetas y, como no podía ser de otra manera, lo mismo le sucedía con el arte. Así podía enamorarse de una obra de Matisse pasando por un Dubufet o un Gordillo o un Dix. Coincidí con ellos en muchas ocasiones en la Feria de Estampa, a donde iba a echarles una mano. Concha estaba más por la labor de venta y difundir el trabajo de la editorial que ha-



“Totem”, escultura.



"Redonda",
fotografías.

bían creado. Javi y yo teníamos cierta "vergüenza", cierto "absurdo pudor" y, en cuanto podíamos, nos escapábamos a visitar la feria y ver el trabajo de otros artistas. Lo pasábamos bien comentando, discutiendo, sobre los que se mostraba a nuestros ojos. Javier exponía en su stand parte de su obra personal y, en honor a la verdad, debo decir que era el artista con más éxito de todos los presentados. Lo cual me producía una disimulada alegría.

Juntos hicimos un viaje a París para participar en una feria de grabado. Recuerdo con mucha nostalgia ese viaje aventura en una furgoneta alquilada y nuestros paseos parisinos. La ciudad estaba gris, fría y lluviosa, como corresponde a toda su belleza.

Ahora se expondrán todos los trabajos de este artista y que creo que se podrá ver su originalidad y la calidad de los mismos. Mucha gente se sorprenderá y saldrá muy satisfecha de esta exposición. Y yo me alegraré porque todo confirmará algo que hace mucho yo sé: Javier es un gran artista, además de ser un gran amigo, del que tantas cosas he aprendido.

Espero pasear por tu exposición tranquilamente como otras veces hemos hecho juntos. Un abrazo, Javi.

Antonio Santos

“Babilonia del sueño de un asceta”
Supone todo un homenaje a nuestra ciudad

En alguno de sus ensayos Ortega y Gasset decía que el arte es un lujo, utilizando la acepción etimológica de la palabra lujo que se emparenta con la palabra lujuria. En este sentido el libro es un compendio de buen gusto.

Seis meses de trabajo rematado con todo detalle, desde el papel de Santos a la tipografía de Valls.

En cuanto al apartado poético, un inédito y mordaz Góngora sirve de contrapunto apropiado al paisaje poético de Carriedo; sensaciones de la noche (signo de Jover), un ángel caído de Lázaro, la eclosión emocionada de Munárriz y el crepúsculo amenazado que Trogal aporta a esta edición, configuran seis imágenes de Cuenca; diversos momentos poéticos que se hacen eternos en las serigrafías de Antonio Santos.

Seis meses de trabajo callado en los talleres de Javier Cebrián han dado esta obra.

Cuenca ha sido motivo y musa de muchos creadores y bien merece este tipo de ediciones.

“Babilonia del sueño de un asceta” es una obra fruto del trabajo sin prisa, una edición de lujo en el sentido etimológico de la palabra.

Presentado el libro “Babilonia del sueño de un asceta”
Jose M^a Navarro Lavara.
Día de Cuenca 28 marzo 1986

EL CINE, EL ARTE Y LA COCINA

El pintor Javier Cebrian de Altea, tiene estas tres pasiones, que se repiten siempre en sus obras.

Sus pinturas y esculturas estan expuestas en la Galería “El Drac” en Altea.

Al final del Paseo Marítimo, donde comienza la calle San Pedro, se encuentra una casa antigua muy bonita, con sus ventanas y balcones llenos de geranios de color moviendose con el viento. En esta casa no solo se encuentra el restaurante “Gula Gula”, sino que bajo el tejado mismo, en la tercera planta esta la Galería “El Drac”. La fachada esta decorada con un reptil verde, que parece una salamandra gigantesca.

Un paseo al anochecer enfrente del mar se puede combinar con una visita informal a la pequeña galería “El Drac”.

Altea es conocida mundialmente como el pueblo de artistas de la Costa Blanca. Entonces ¿por qué no llevarse a casa una pequeña impresion sobre el arte contemporaneo español?

Hasta el 30 de julio se pueden ver las serigrafías, los collages y las esculturas de Javier Cebrián. Sus obras son una explosion de color, alegres y muy expresivas. Sus esculturas monocolor han sido creadas partiendo de objetos de la vida diaria como latas de sardinas, tornillos, enchufes, pequeñas piezas del interior de aparatos domésticos. Combinándolos y dandoles color, ha creado un mundo nuevo, por ejemplo la imagen de la metrópoli moderna. Sólo fijándose detenidamente se disuelve la imagen íntegra, quedando así reconocible cada pieza en sí. “Es un juego encantador y provoca la curiosidad infantil”.

La curiosidad y las ganas de jugar son las piezas principales de la obra artística de Javier Cebrián.

Nacido en Cuenca en 1944, empieza los estudios de Ciencias Políticas en Madrid en 1962, Él llama a ésta época “años perdidos”. Conoce en 1975 la serigrafía en el taller de Roberto Turégano, cambia su vida totalmente.

En el 76 vuelve a su ciudad natal, Cuenca y abre su propio taller de serigrafía. Editaba carteles para exposiciones, conferencias y seminarios, trabajando con las galerías mas importantes de Madrid, el Museo de arte abstracto de Cuenca y la fundacion Juan March.

Imprimía obras de muchos artistas y así tomó contacto con los más diversos estilos y técnicas.

Cuenca, una ciudad medieval con sus “casas colgadas” ha sido centro del arte abstracto desde hace décadas, por lo tanto, era y es lugar de atracción para los artistas que se quedaron a vivir para siempre o temporalmente.

Durante su trabajo, en el tiempo muerto, esperando que se secase un color, o bien cuando le sobraba un poco, empezaba a crear sus propias obras sin ningún propósito, como jugando sin pretensiones. Esto fue el principio de sus serigrafías y collages. En 1990 crea la editorial “De buena Tinta”, que significa “el tono adecuado”.

La primera edición de la editorial fue una carpeta de serigrafías de Gordillo, Guerrero, Rojo y Rueda. Tuvo tanto éxito, que marcó las pautas para el futuro de la editorial, hacer proyectos gráficos conjuntamente con los artistas.

Dos años mas tarde, Javier decide trasladar la editorial a Altea, sobre todo por el buen clima del mediterráneo. Concha Lledó, su mujer, que es la encargada de las ediciones, la documentación y las colecciones, nos comenta que Altea es un pueblo de artistas, pero que el ambiente artístico de Cuenca era igualmente interesante. “A nosotros, sobre todo, nos atraía el clima y el mar”.

Editaron carpetas de la figuración, con Grau Santos, Antonio Santos y otra carpeta de comics.

El proyecto más ambicioso de Javier Cebrián ha sido una carpeta de serigrafías de 27 artistas, todos representantes del arte contemporáneo desde el año 50 hasta hoy.

Poco a poco tuvieron reconocimiento las obras de Javier Cebrián, participando en exposiciones colectivas e individuales en capitales de todo el país.

En 1996, en el certamen de Castilla-La Mancha, recibió el primer premio por su escultura "Cocina de serígrafo". Este título ciertamente no es una casualidad, ya que a Javier Cebrián no solo le interesa el arte, sino que la cocina también es una de sus pasiones "mi favorita naturalmente, es la cocina mediterránea, pero si me encuentro una receta china la pruebo igualmente". La cocina alemana no le interesa demasiado "alguna vez probé algún plato alemán y me gustó, pero no me atrevería a prepararlo yo". Más que la cocina alemana, le interesa el cine alemán, sobre todo en sus principios. "Adoro el cine mudo" nos confiesa mostrándonos una escultura de la exposición. Esta obra es un homenaje a la película "Metrópolis" de Fritz Lang. Así aparece también Marlene Dietrich en una de sus serigrafías, para él, uno de los símbolos más importantes del cine de aquella época.

(CBZ. Costa Blanca a Zeitung. 31 julio 2000)

Traducido del alemán por Gabi Hauff

REFLEXIÓN SOBRE LA OBRA SERIGRÁFICA DE JAVIER CEBRIÁN

Obra realizada durante el curso por el alumno

Asignatura: Serigrafía

Profesora: Eva Vila Pou

Alumno: Francesc Rubio. Grupo M1

JAVIER CEBRIÁN ANDRÉS

El principal motivo de usar la serigrafía es porque de profesión es estampador, por tanto, es la técnica que mejor conoce y la que tiene más a mano.

Su producción artística empezó como un juego, para relajarse en el trabajo o para aprovechar restos de tinta, pero sobre todo porque después de reproducir obras de tantos pintores de todos los estilos, sintió la necesidad de expresarse por él mismo. También porque empezaron a hacerle encargos de carteles, tarjetas, invitaciones de boda etc.

Llegó a esta profesión de un modo azaroso porque, estudió Ciencias Políticas, y como muchos de su generación, abandonó la carrera cuando le quedaba un par de asignaturas sin terminar, y también abandonó la actividad política cuando murió Franco. No se montó en el tren de los yuppies y se dedicó a la serigrafía:

- porque estaba fascinado con el mundo de la imagen.
- porque un amigo, Roberto Turégano que hoy es diseñador gráfico, tenía un taller y le enseñó ésta técnica.
- porque estaba decidido a democratizar el arte y hacerlo más asequible para todos.
- porque admiraba a Warhol y el arte pop.
- porque habían inaugurado en Cuenca el Museo de Arte Abstracto.

Su obra casi siempre gira en torno a la serigrafía. Su principal producción es:

Serigrafías.

Esculturas, collages y, en menor medida, pintura (con tintas de serigrafía) y fotografía.

En cuanto a los temas: huellas, personajes, el cosmos, construcciones y arquitecturas. En su gama cromática predomina el azul.

PREGUNTAS Y DUDAS

Cómo supera el miedo al papel en blanco

No tengo miedo al papel en blanco.

Nunca me planteo mi lado artístico como una profesión, ni mi trabajo como una obligación, sino como un disfrute, un gozo, una necesidad de expresar algo. Me encantan los papeles, la textura, el gramaje, el color, que no tiene por qué ser blanco. Hago el original dependiendo del papel, o mejor al contrario, elijo el papel adecuado para cada original. Enseguida tengo ganas de cubrirlo de tintas, y si luego no me gusta, lo corrijo.

Cuando crea, inicia con bocetos previos o realiza directamente la obra

Utilizo los dos métodos; pero casi siempre que utilizo bocetos no es de la obra completa, sino fragmentos de ella. A veces una obra está compuesta de 3 ó 4 bocetos diferentes, que acopio a modo de collage. Otras veces trabajo directamente sobre la pantalla.

El trabajar con la obra de otros artistas, de qué manera influye en sus obras

Influyen de una manera decisiva, no sólo de artistas con los que trabajo, sino de otros a los admiro, aunque nunca haya trabajado con ellos, porque no he tenido la posibilidad o son de otras épocas u otras culturas.

Esta influencia, si es que la hay, es consciente o no

Me nutro de los artistas con los que trabajo, de los cuales algunas veces aprovecho un color, una forma, una idea; pero también de lo que veo en los libros de arte, en museos, en exposiciones. Me nutro también de lo que veo por la calle, de los rasguños en las paredes, de paisajes, de luces, del cielo, de fotografías, de revistas y periódicos, de libros de geografía e historia, del cine...

Esta influencia suele ser consciente. Hago homenajes a artistas, a saura, a Rueda, a Platini, a Goya etc., pero intento crear mi propio mundo, llevármelos a mi terreno, aportarle mi sello, mi huella.

Qué reflexión hace de su obra serigráfica

Creo que es muy ecléctica, debido a la variedad de influencias y a lo amplio que es el mundo, al cual procuro estar abierto.

Dónde se siente más artista en sus collages o en sus serigrafías.

No tengo muy claro que me sienta artista.

A la hora de expresarme, me siento igual de cómodo en los collages que en la serigrafía, en la escultura o en la fotografía; pero en los collages

me expreso más deprisa. La serigrafía es un proceso más lento, pero llega a más gente.

La obra serigráfica es tan válida como sus collages, esculturas o pinturas

La serigrafía es tan válida como los collages o las esculturas, sólo son diferentes medios de expresión.

No ha intentado nunca reproducir sus collages en serigrafía

Más que reproducir mis collages en serigrafía, he compuesto serigrafías como un collage, pero también he destrozado muchas de mis serigrafías para hacer collages.

Entre tanta variedad de sus “series”, dónde está su huella

En el eclecticismo, en el gusto por el color azul, en el humor, en los temas, en la sencillez de los elementos, en sugerir lo más posible con los mínimos elementos. Las huellas de uno mismo siempre las ven mejor los demás.

Por qué abstracción o realismo

Son dos caminos opuestos, dos idiomas diferentes que, casi siempre, parten del mismo sitio, la necesidad de expresarse.

Por qué este desinterés por la obra gráfica, (como si fuera un arte secundario) por parte del artista y del público

Afortunadamente, poco a poco se va cambiando. Cada vez más, los artistas se van adentrando en estas técnicas. En palabras de Gordillo **“He ido, paulatinamente, entrando en el juego y aprendiendo las técnicas, hasta el punto de que hoy, ya más conocedor de este arte, me siento entusiasmado por la estampación”**.

Según Feito “El grabado es el reposo del guerrero”

El público, cada vez va entendiendo más que la obra gráfica también es obra original, sólo que no es única, que está seriada, multiplicada, por eso pueden tener más acceso a ella.

Dentro de las técnicas de reproducción, no es quizás la serigrafía la más publicitaria y el grabado la más artística.

Efectivamente, la serigrafía ha tenido más tirón publicitario, más industrial. Desde la serigrafía textil hasta los aparatos de música, los azulejos, las vallas publicitarias etc, son serigrafía industrial; pero la serigrafía artística es compleja y tiene tanto valor como las otras técnicas: grabado, litografía, linogrado, xilografía y el múltiple, en escultura.

Pero es ahora, más que nunca quizás, cuando en torno a Cuenca giran una pléyade de artistas (pintores, escultores, músicos, escritores) que han hecho de la ciudad su plataforma de trabajo y en ella viven y crean. Por sus calles y sus plazas es posible encontrarse con Antonio Saura, el maestro del informalismo español, que desde su jardín de la calle de San Pedro proyecta sus obras a Nueva York, París, Londres o Melbourne. Gustavo Torner alterna los viajes continuos al exterior, bien para instalar la decoración de Loewe en la Quinta Avenida neoyorkina, como para montar su última escultura en el Consejo de Europa en Estrasburgo, con sus estancias en la ciudad. A Bonifacio Alfonso es fácil verle por la Plaza Mayor, cuando no está pescando su adorada trucha o encerrado en su estudio, preparando la próxima exposición en Basilea. Vuela a veces, en los veranos, José Guerrero desde la Plaza del Trabuco. En los bajos de su casa, Javier Cebrián ha montado un soberbio taller de serigrafía de donde salen trabajos para Saura, Gordillo, Broto, Hernández Pijuán...

Guía de Cuenca